

La investigación y la práctica del psicoanálisis

Research and practice of psychoanalysis

Jaime Fernández Miranda

Correspondencia:
jaimeferna@yahoo.com.ar

Filiaciones Institucionales:
Facultad de Psicología
UNR (Argentina)

RESUMEN: El presente texto se propone situar algunas coordenadas para las investigaciones cuyo objeto está íntimamente vinculado a la práctica del psicoanálisis. Se parte de ubicar al método psicoanalítico como dispositivo de lectura para luego abrirse a una reflexión epistemológica en torno a la problemática relación entre la teoría y la práctica psicoanalítica, reflexión que emplaza la praxis psicoanalítica en una epistemología de la tensión irreductible entre lo singular y lo general. Luego se aborda el caso clínico como ficción que sólo es eficaz en tanto pone en circulación algo de lo real de la práctica. Posteriormente se sitúan algunas ideas en torno a la cuestión primordial y matricial de toda investigación: la formulación de las preguntas que derivan en la construcción del problema. Por último, se cuestionan dos estrategias habituales en la utilización de casos clínicos (la viñeta y la puesta en serie de casos) y se analizan algunas estrategias metodológicas en el uso de casos en Freud, Klein y Winnicott.

PALABRAS CLAVE: Investigación - práctica - epistemología - metodología - caso clínico

Cómo citar:

Fernández Miranda, J (2021). La investigación y la práctica del psicoanálisis en Revista psicoanálisis en la universidad N°5. Rosario, Argentina, UNR Editora. Pág 63 - 83

ISSN: 2683-9938 (en línea)



Licencia: Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Responsabilidad editorial:
Universidad Nacional de Rosario.
Argentina. Facultad de Psicología.

Recibido:

30 - 03 - 2020

Aceptado:

04 - 07 - 2020

Publicado:

30 - 04 - 2021

ABSTRACT: The present text aims at establishing some coordinates for those investigations whose object of study is intimately linked to the practice of psychoanalysis. The starting point is to locate the psychoanalytic method as a reading device that will later lead to an epistemological reflection on the problematic relationship between psychoanalytic theory and psychoanalytic practice, such reflection places psychoanalytic praxis in an epistemology of the irreducible strain between the singular and the general. Secondly, the clinical case is approached as a fiction that is only effective as it introduces a portion of the real part that practice do has. Furthermore, some ideas are placed around the essential and matrix question in every research: the formulation of questions that derive in the construction of its object. Finally, there is a questioning of two common strategies in the use of clinical cases: the vignette and the serialization of cases; plus, the analysis of some strategies of use case methodology of Freud, Klein and Winnicott.

KEYWORDS: Research - practice - epistemology - methodology - clinical case

EL MÉTODO PSICOANALÍTICO COMO DISPOSITIVO DE LECTURA

El texto freudiano *El Moisés de Miguel Ángel* (Freud, [1914] 1997) parece un punto de partida casi obligado para cualquier escrito que se proponga abordar el problema de la investigación en psicoanálisis. Más aún luego de que Carlo Guinzburg (1989) publicara su ensayo ya clásico *Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico*, donde plantea la existencia de un *paradigma indiciario* en la construcción de saber, un paradigma del que traza una cuidadosa genealogía y que, como su título lo indica, halla en el método freudiano -tal y como Freud lo sitúa y lo utiliza en *El Moisés de Miguel Ángel*- uno de sus apuntalamientos principales.

Allí, en su texto sobre el Moisés, Freud ensaya una lectura de esta escultura que ha recibido innumerables interpretaciones, todas las cuales resultan insuficientes o erróneas a la contemplación absorta de Freud. Abocado entonces a una nueva interpretación de esta obra de arte, Freud explicita el procedimiento que utiliza para ello, un procedimiento que -Freud *dixit*- halla un antecedente directo en el método de Giovanni Morelli, un médico italiano que en las últimas décadas del siglo XIX revolucionó los museos de Europa “revisando la autoría de muchos cuadros, enseñando a distinguir las copias de los originales” (Freud, [1914], 1997, p 227). Morelli, según escribe Freud,

consiguió todo esto tras indicar que debía prescindirse de la impresión global y de los grandes rasgos de una pintura, y destacar el valor característico de los detalles subordinados, pequeñeces como la forma de las uñas, lóbulos de las orejas, la aureola de los santos y otros detalles inadvertidos cuya

imitación el copista omitía y que sin embargo cada artista ejecuta de manera singular (...) Creo que su procedimiento está muy emparentado con la técnica del psicoanálisis médico. También este suele colegir lo secreto y escondido desde unos rasgos menospreciados o no advertidos, desde la escoria -“refuse”- de la observación. (Freud, [1914], 1997, p 227)

Este procedimiento será uno de los pilares a través de los cuales Carlo Guinzburg apuntalará la formulación de un paradigma indiciario que afecta muy especialmente a las llamadas ciencias humanas. Escribe Guinzburg (1989):

La realidad es opaca pero existen ciertos puntos privilegiados -indicios, síntomas- que nos permiten descifrarla. Esta idea, que constituye el núcleo del paradigma indiciario o semiótico, se ha abierto camino en una amplia gama de contextos intelectuales, afectando muy profundamente las ciencias humanas. (p 152)

El paradigma indiciario ofrece un riguroso marco epistemológico y metodológico frente a la adscripción a la racionalidad propia de las ciencias naturales que embarga a gran parte de la investigación en ciencias humanas; una adscripción que empuja a la investigación a adaptarse forzosamente a metodologías de inspiración positivista poco convenientes a sus objetos de estudio. Allí donde el paradigma positivista en todas sus variantes promueve el desdeñamiento de lo singular en nombre de lo general -el desdeñamiento del caso en favor de la tipicidad- el paradigma indiciario, por el contrario, propicia la construcción de un saber “basado en signos y vestigios de indicios, conjetural” (Guinzburg, 1989, p 131) que tiene “por objeto,

ante todo, lo cualitativo, el caso o situación o documento individuales *en cuanto individuales.*” (Guinzburg, 1989, p 130)

Ahora bien, el paradigma indiciario surge bajo los auspicios de un método de investigación, y en el citado texto freudiano este método proviene principalmente de la cura psicoanalítica. En la indagación psicoanalítica, pues, existiría un anclaje del método de investigación en el método de cura a partir del cual se establece un *isomorfismo* entre ambos. En la investigación sobre el *Moisés de Miguel Ángel*, Freud no procede aplicando la teoría psicoanalítica a la lectura de fenómenos que exceden su campo de prácticas, ni tampoco aplicando directamente el método de cura a la investigación (¿un psicoanálisis de la obra de arte, un psicoanálisis sin asociación libre y por fuera de la transferencia?). La operación de Freud, pienso, consiste en una *trasposición formal* de las reglas del método de cura (la descomposición del sentido global y la puesta en primer plano de ciertos detalles anodinos como lugares a partir de los cuales es posible acceder a alguna verdad) a la investigación.

La trasposición formal convierte el método de cura en un potente dispositivo de lectura que no sólo sostiene las investigaciones psicoanalíticas que se aventuran en campos ajenos a la práctica del psicoanálisis sino también, y sobre todo, ordena la lectura de los textos que componen toda investigación en psicoanálisis. En la investigación psicoanalítica la lectura de un texto es indiciaria. Esto evita lecturas lineales, dogmáticas y centradas exclusivamente en el sentido “oficial” para dar relieve a esos detalles donde el texto dice más que su autor, esos indicios donde todo el texto aparece resignificado en una dirección diferente a la que su au-

tor pretende darle, esas sentencias hasta aquí inadvertidas que impulsan a pensar más allá del texto. El método psicoanalítico devenido dispositivo de lectura nos devuelve un texto conformado por tensiones, líneas de fuerza no explicitadas, enigmas, indicaciones marginales, contradicciones, puntos ciegos, en suma, lugares donde el texto se abre a lo no sabido -que es, nunca está de más recordarlo, la razón de ser de cualquier investigación. Aclaración importante: no habría que confundir esta lectura indiciaria con las habituales lecturas superficiales y caprichosas que escrutan los textos a la caza de esa frase que confirme el saber previo o que diga lo que el investigador quiere decir; muy por el contrario, esta operatoria de lectura exige un abordaje riguroso y, sobre todo, problemático del texto, un abordaje más centrado en las preguntas que configuran el texto que en las respuestas ensayadas por su autor.

Ahora bien: dado que el método indiciario específico de la indagación psicoanalítica -sea cual sea su objeto- halla su matriz formal en los procedimientos que fundan (y se fundan en) la práctica del psicoanálisis, es dudoso que sea posible una investigación psicoanalítica que no se entreme de uno u otro modo con la práctica. Entonces, la reflexión epistemológica y metodológica acerca de las relaciones entre la teoría y la práctica es inherente a la investigación psicoanalítica como tal. Claro que, de más está decirlo, aquellas investigaciones cuyo objeto tiene una ligazón más directa con las dificultades de la práctica nos imponen esta reflexión epistemológico-metodológica con un grado mayor de perentoriedad. El presente ensayo, si bien seguramente ubica algunas coordenadas generales de la investigación

en psicoanálisis, se inclina más particularmente a despejar algunos problemas inherentes a la investigación impulsada por los enigmas de la práctica psicoanalítica, todo un campo de indagación que evitaremos situar bajo la rúbrica de “investigación clínica” como si se tratara de un tipo o un género específico; los temas y modos de teorización del psicoanálisis son tan vastos y sus fronteras tan difusas, que resulta poco fecunda la tentativa de construir géneros con reglas de composición específicas en cada caso.

Ahora bien, a medida que el objeto de investigación tiene una mayor proximidad con la práctica del psicoanálisis, advertimos que entre método de cura y método de investigación existe no sólo un *isomorfismo* sino también una *discordancia* fundamental: allí donde el primero opera primordialmente sobre singularidades, el segundo debe habérselas con la difícil tarea de establecer algún tipo de ligazón entre una práctica rigida por la singularidad y una teoría que, como tal, supone algún orden de generalidad (a fin de cuentas, un asunto primordial de todo método indiciario de investigación es pensar la compleja relación que se establece entre el indicio *singular* y el saber *general* que a partir de allí se construye).

UNA EPISTEMOLOGÍA DE LA TENSIÓN (IRREDUCTIBLE) ENTRE LO SINGULAR Y LO GENERAL

El vínculo entre la teoría y la práctica del psicoanálisis no podría ser pacífico. Se trata de dos registros heterogéneos regidos por lógicas diferentes que, sin embargo, sostienen alguna forma de articulación que no es simple ni directa, una articulación que se asienta sobre el suelo movedi-

zo de un conflicto irreductible. La médula de estas complejidades y dificultades ha sido situada con precisión por Freud en un célebre pasaje de *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* ([1912], 1990). Cito en extenso:

La coincidencia de investigación y tratamiento en el trabajo analítico es sin duda uno de los títulos de gloria de este último. Sin embargo, la técnica que sirve al segundo se contrapone hasta cierto punto a la de la primera. Mientras el tratamiento de un caso no esté cerrado, no es bueno elaborarlo científicamente: componer su edificio, pretender colegir su marcha, establecer de tiempo en tiempo supuestos sobre su estado presente, como lo exigiría el interés científico. El éxito corre peligro en los casos que uno de antemano destina al empleo científico y trata según las necesidades de este; por el contrario, se asegura mejor cuando uno procede como al azar, se deja sorprender por sus virajes, abordándolos cada vez con ingenuidad y sin premisas. Para el analista, la conducta correcta consistirá en pasar de una actitud psíquica a la otra al compás de sus necesidades; en no especular ni cavilar mientras se analiza, y en someter el material adquirido al trabajo sintético del pensar sólo después de concluido el análisis. (Freud, [1912], 1990, p 114)

Por un lado, escribe Freud, existe una “coincidencia de investigación y tratamiento”, y es este uno de los baluartes más preciados del psicoanálisis. Por otro lado, existe un hiato fundamental entre ambos, un hiato que Freud sitúa en la divergencia de los métodos (de investigación y de cura) y, correlativamente, en la diferente “actitud psíquica” que embarga al analista en la práctica y en la teorización.

Notaremos la tensión existente entre la frase de *El Moisés de Miguel Ángel* anteriormente citada y esta frase que acabo de citar: mientras que la primera plantea cierto isomorfismo entre el método de investigación y el método de tratamiento, en la segunda, por el contrario, el primero “se contraponen” al segundo. El punto, pienso, es que en ambos textos el autor se emplaza en una perspectiva diferente: en *El Moisés...*, el acento está puesto en la investigación, y además en una investigación que transcurre en un territorio alejado de la práctica psicoanalítica. En *Consejos al médico...*, por el contrario, el acento está puesto precisamente en el “tratamiento psicoanalítico” y la investigación a que Freud se refiere es aquella que está directamente vinculada a los problemas de la práctica.

Freud, pues, sitúa las divergencias y tensiones entre cura e investigación a fin de evitar la superposición de una con la otra. La actitud del analista consiste en proceder “como al azar”, sin las brújulas de la teoría, sin orientaciones de ningún tipo. Esto supone evitar toda tentación teorizante no sólo durante la sesión sino también, escribe Freud, mientras dura el análisis de un paciente. La escucha de la singularidad sólo puede tener lugar a partir de la suspensión del saber, de todo saber. La actitud del investigador es, por el contrario, sintética, y esto no es posible sin ejercer cierta violencia sobre las singularidades. Dos lógicas, dos métodos, dos posiciones subjetivas bien diferentes... ¿cómo proponer alguna relación entre ambas? Freud resuelve este problema recurriendo a un intervalo temporal entre tratamiento e investigación: la investigación, escribe, comienza cuando termina la

cura. La práctica es un tiempo previo a la teorización.

La pregunta, entonces, retorna: ¿qué relación existe entre método de tratamiento y método de investigación? Cuando se trata de investigaciones cuyo objeto está directamente ligado a los problemas de la práctica, no es posible hablar de una transposición del método de cura a la investigación ya que no es dable otorgar alguna antecedencia histórica o lógica al método de tratamiento por sobre el de investigación -o hacer derivar a uno del otro; finalmente, ambos se soportan y se sostienen mutuamente desde el momento en que *el psicoanálisis es fundamentalmente una praxis*. Más aún, podría decirse del psicoanálisis que su identidad epistemológica como praxis lo preexiste: a fin de cuentas, son los fracasos en las curas y las indicaciones de sus pacientes aquello que lleva a Freud a abandonar el método catártico y sus premisas teóricas, abandono que impulsará la fundación conjunta del método psicoanalítico y de los fundamentos teóricos del psicoanálisis. Es posible decir que en Freud la relación epistemológica entre cura e investigación, el vínculo problemático y necesario entre teoría y práctica preceden claramente al momento en que una y otra pueden ser consideradas estrictamente psicoanalíticas.

Pienso, entonces, que el hiato entre cura e investigación es fundamental a condición de no hacer de él un modo de pacificar una tensión que, por el contrario, es incesante e irreductible, una tensión que afecta tanto a la práctica como a la investigación aunque de modos diferentes, sino opuestos, en uno y otro caso. A nivel de la cura, si bien resulta clave dejar de lado la compulsión a la síntesis que

atenta contra el fundamento mismo de la práctica psicoanalítica -la singularidad irreductible del analizante- la idea de una escucha ingenua peca, ella, de cierta ingenuidad. La teoría es puesta en suspenso en el análisis de un paciente, cierto, pero esto no evita su presencia, no por subterránea menos importante. Ante todo, ¿es posible que las diferentes concepciones del análisis, la transferencia, la contratransferencia, la asociación libre, el encuadre no tengan ninguna importancia al momento de analizar? La idea de que pueda existir una práctica que no esté encuadrada por la noción que tengamos de ella roza con el absurdo. Pero además, los procedimientos de la cura son consustanciales con las concepciones del inconciente: resulta evidente, aunque nunca está de más recordarlo, que los modos de intervenir de un analista son sensiblemente diferentes si concibe al inconciente estructurado como un lenguaje o bien si supone al inconciente como un reservorio de fantasías arcaicas. Por último, ¿no contamos con *lecturas* más o menos explicitadas y larvarias durante un análisis, lecturas que se traman con la dirección de la cura? La puesta en suspenso del saber es fundamental para la práctica del psicoanálisis, pero no deberíamos hacer de ella un imperativo de asepsia. No existe un análisis que no esté infiltrado por la teoría, es este un problema epistemológico que no podemos eludir apelando a la pureza de la escucha analítica. En suma, el carácter fundante que tiene la singularidad del analizante en la práctica psicoanalítica se sostiene en una tensión inevitable con cierto orden de generalidad.

Y en lo que concierne a la investigación, esta no podría proceder desembarazándose, en nombre de una generalización sin restos, de ese núcleo irreductible

de la singularidad del analizante. Si bien el concepto violenta las singularidades, estas persisten dejando su huella visible en la teoría psicoanalítica. A fin de cuentas, dejarse sorprender por lo imprevisto, lo inesperado, lo inexplorado, lo radicalmente novedoso, en fin, todo aquello que Freud define como “actitud psíquica” del analista en la cura, ¿no es también la posición de quien investiga en psicoanálisis? ¿No es esta posición ético-epistemológica el fundamento indiciario tanto de la práctica como de la investigación? ¿No es esta posición, finalmente, el punto cero de la teoría psicoanalítica? ¿Podría la investigación psicoanalítica operar desestimando eso que la funda? ¿Podría la indagación desembarazarse de la singularidad en nombre de una generalización totalizante? La teorización psicoanalítica está emplazada, también ella, aunque de un modo bien diferente a como sucede en un análisis, en la tensión irreductible entre lo singular y lo general. He aquí su fundamento epistemológico.

Propongo, entonces, *situar la praxis psicoanalítica en el seno de una epistemología de la tensión entre lo singular y lo general*, una tensión irreductible y constante que supone, para quien analiza, el problema de cómo arreglárselas con la presencia muda pero ineludible de una teoría general en el seno de una práctica cuyo epicentro es la singularidad del analizante y, para quien investiga, sostener la impronta perturbadora, irritante, de la singularidad en el seno de un cuerpo teórico que, como tal, está definido por la generalidad. Tanto la práctica como la teorización transcurren en la tensión irreductible entre lo singular y lo general, aunque de modos diametralmente opuestos.

En lo que concierne a la práctica del psicoanálisis, ya lo he señalado, esta se halla indisociablemente entramada con las referencias teóricas y con las concepciones que de ella tengamos: la teoría kleiniana impone ciertas direcciones a la práctica, lo mismo que la teoría winnicottiana o lacaniana. Y en esta misma dirección, aunque en una cura el analista ponga en suspenso todo saber teórico, existen igualmente lecturas larvadas de las situaciones clínicas, lecturas que no podrían ser ajenas al saber teórico del analista. El problema ético que se le plantea al analista es que esas lecturas larvadas, tramadas con la contra-transferencia, deben estar *subordinadas* a la singularidad del paciente: al asumir su carácter tentativo y vacilante, las lecturas que forjamos están siempre prestas a dejarse derribar frente a las inflexiones impredecibles del análisis. De este modo, el analista está sujeto a una tensión que no podríamos abolir invocando una escucha inmaculada.

Y en cuanto a la investigación, que esta se sostenga en una epistemología de la tensión entre lo singular y lo general implica que es la eficacia práctica la que da consistencia a los conceptos, y por ende que cada analizante carga con el potencial de hacer tambalear las edificaciones teóricas del psicoanálisis. La práctica es el lugar donde los conceptos son validados y a la vez interpelados, es en cada situación particular de la práctica que la teoría revela su eficacia transformadora pero también su límite.

Según ese genial compendio de epistemología que son las *11 tesis sobre Feuerbach* de Marx ([1845], 1974), la validez de un pensamiento depende de su capacidad para transformar la realidad. La teoría se mide por sus efectos en la práctica, y esto

supone que es allí, en la práctica, donde los conceptos hallan también su inconsistencia y pueden ser interpelados. Ahora bien, para que la teoría se deje interpelar por la práctica *es necesario que la tensión entre lo singular y lo general esté alojada en el seno del cuerpo teórico*. A nivel de la indagación más íntimamente ligada a la práctica, toda conjetura lleva la marca indeleble de la(s) situación(es) clínica(s) en que fue forjada, es este el fundamento de un método indiciario en la investigación psicoanalítica. Dicho de otro modo, que la investigación en psicoanálisis se sostenga en la tensión irreductible entre lo singular y lo general supone que hay una presencia eficaz de la singularidad de la experiencia en el corazón del concepto, una presencia que evita las generalizaciones totalizantes y el tono taxativo.

En la teoría psicoanalítica, la singularidad de la experiencia opera como resto inasimilable y eficaz que imprime a los conceptos una inestabilidad y una rugosidad bien particulares, y con ello los refina. Por este motivo, la teoría psicoanalítica nunca puede devenir un *sistema* cuyos componentes se integren a la perfección. Sin embargo, en gran parte del psicoanálisis contemporáneo, todo ocurre como si la teorización se empeñara en absorber ese resto molesto que descompleta el concepto en el momento mismo en que es formulado. Así, la tensión interna al concepto es abolida y la teoría, declamada en tono taxativo y asertórico, deviene un sistema sospechosamente armónico que se ha plegado sobre sí mismo, una red conceptual sin cabos sueltos que desemboca en simplificaciones impermeables a las interpelaciones que provienen de la práctica. El dogmatismo -que embarga a una porción significativa de la teorización psicoanalí-

tica actual- comienza por una ruptura del vínculo con todo aquello que podría amenazar sus verdades inmovibles: las diferencias teóricas y la práctica del psicoanálisis.

Entonces, una metodología de investigación en psicoanálisis no podría consistir en la *generalización totalizante* concebida como ascenso desde lo singular hacia lo general, como el pasaje ordenado de un plano al otro donde la huella de lo singular se ha perdido en lo general (lo singular es precisamente lo irreductible a toda generalización, y esto impone una inestabilidad incurable a los conceptos psicoanalíticos). Un procedimiento de investigación adecuado al psicoanálisis transita la tensión irreductible entre lo singular y lo general sin intentar jamás abolirla, y define los pasajes entre dos territorios que guardan entre sí una relación de cierta extranjería. Y un tal procedimiento de investigación es consustancial con una modalidad de escritura que debería ser capaz de albergar en su seno las generalizaciones teóricas junto a las singularidades irreductibles sin perder rigor conceptual ni coherencia argumentativa, una escritura donde puedan convivir las resonancias entre las singularidades y la rigurosa irreductibilidad de una a la otra. Arlette Farge, cuyas idean provienen del trabajo sobre los archivos en historiografía, lo escribe con belleza y precisión:

Queda por encontrar un lenguaje capaz de integrar las singularidades en una narración apta para restituir sus rugosidades, para subrayar sus irreductibilidades así como sus afinidades con otras figuras. Apta para reconstruir y deconstruir, para jugar con lo igual y con lo diferente. (Farge, 1991, p 72)

Y todo parece indicar que esta modalidad escritural hallaría en el ensayo un

lugar donde alojarse, dada la naturaleza destotalizante del ensayo bien situada por Adorno en un texto ya clásico:

El ensayo piensa discontinuadamente, como la realidad es discontinua, y encuentra su unidad a través de las rupturas, no intentando tapanlas. La armonía del orden lógico engaña acerca del ser antagonístico de aquello a que se ha impuesto ese orden. La discontinuidad es esencial al ensayo, su cosa es siempre un conflicto detenido. (Adorno, 1962, p 27)

El ensayo psicoanalítico siempre tiene algo de lucha; aunque no contenga referencias explícitas al trabajo con un analizante, aloja en su seno la huella de la experiencia ya que su modo de discursividad lleva la marca de la tensión en que son engendrados los conceptos psicoanalíticos. Y entonces el encadenamiento lógico de las ideas va dejando restos inasimilables, puntos oscuros, interrogantes que resisten aunque sean retomados una y otra vez, enigmas irresueltos que amenazan el edificio conceptual. El ensayo psicoanalítico es, en suma, una escritura que se rehúsa a la tentativa imposible de asimilar sin restos la ajenidad de la experiencia analítica.

Por el contrario, cuando ha sido abolida esta tensión que es fundante de la discursividad del psicoanálisis, nos encontramos con una escritura lineal donde cada frase está destinada a justificar, ilustrar o demostrar las generalizaciones totalizantes que imperan sobre el texto, y entonces las ideas se encadenan sin restos, sin sobresaltos. Esta forma de escribir, tan habitual en los textos psicoanalíticos contemporáneos, lleva en su estructura argumental la ruptura del vínculo conflictivo con la práctica. El resultado es una teoría bien prolija, cómoda, insulsa y cada vez

más empobrecida, un problema no menor en el psicoanálisis contemporáneo.

DEL CASO COMO CONSTRUCCIÓN

Encuadrada en una epistemología de la tensión entre lo singular y lo general, la investigación psicoanalítica asume formas, estrategias y narrativas de lo más variadas, potencialmente infinitas. Por este motivo, la tentativa de recortar géneros bien tipificados de investigación con metodologías estandarizadas en cada caso acaba por sujetar la investigación a formatos preestablecidos que raramente convienen al objeto específico de estudio y a la singularidad del investigador. Al interior de los principios epistemológicos que intenté circunscribir en el apartado anterior, cada investigación construye de modo artesanal su estrategia metodológica.

Como he señalado, si bien en este ensayo sitúo algunas coordenadas epistemológicas generales de la investigación psicoanalítica, me ocupo principalmente de las investigaciones más estrechamente ligadas a los problemas de la práctica, más específicamente de aquellas en que el llamado *caso clínico* ocupa algún lugar de relevancia. Munido con la fuerza de la evidencia, con la prepotencia de la demostración, el caso clínico se nos suele ofrecer como el lugar donde la teoría halla su validez. Hay en esta noción un sustrato empirista que se nutre de la habitual confusión del caso con el analizante. El caso no es el paciente sino la puesta en relato de un sesgo, una situación, un momento de una cura o tramos más o menos extensos de un análisis, una puesta en relato que, aún en las supervisiones o en los diálogos informales entre analistas, somete la práctica a una exigencia narrativa que le es ajena. Sin embargo, no es posible hablar o escri-

bir acerca de la práctica con un analizante de otro modo que no sea como caso.

El caso es una construcción *a posteriori*, pero la “construcción del caso” (Fedida, 1995, p 248) es una vía privilegiada a través de la cual la singularidad de la experiencia con un analizante puede tener algún lugar en la teoría. Dicho de otro modo: el caso clínico es ya una lectura, y por ende es una formación transaccional entre un discurso inevitablemente afectado por las concepciones teóricas y lo insalvable de la experiencia analítica. Por este motivo, el caso es el lugar donde la tensión entre lo singular y lo general se despliega con mayor nitidez y asume todo su relieve.

El caso, en definitiva, designa el aspecto transmisible de la experiencia del analista, es decir, de la escucha. Y este, huelga decirlo, es uno de los postulados epistemológicos fundamentales de la investigación en psicoanálisis. Superponer el caso con el analizante, ¿no es desconocer, en nombre de un empirismo ingenuo, que la construcción del caso no es otra cosa que una puesta en relato de la experiencia del analista con un analizante en transferencia?

Deberíamos, pues, guardarnos de las ínfulas de objetividad que suelen investir a los casos clínicos pero también, subrayémoslo, de los forzamientos que modelan los casos *a piacere* para adaptarlos a la idea que se intenta demostrar. Una de las más cuestionables posiciones éticas de la indagación analítica es maquillar la práctica al servicio de la argumentación o, peor aún, del narcisismo del analista. *El caso no es el analizante pero este impone límites a la construcción del caso. El caso no es el analizante pero permite que algo del analizante pueda ser dicho. En suma, aquello que llamamos caso en psicoanálisis*

sis no es una ficción arbitraria y caprichosa sino una construcción emplazada en la frontera entre lo real y lo ficcional o, dicho de otro modo, una ficción que sólo es eficaz en tanto pone en circulación algo de lo inasible de la práctica.

Ahora bien, si la singularidad del analizante sólo puede tener lugar en la teoría a través de la experiencia del analista, es dable decir que la tensión entre lo singular y lo general es, finalmente, la tensión epistemológica entre la experiencia del analista y el saber teórico. He aquí otro motivo clave por el cual la escritura del psicoanálisis tiene un sesgo necesariamente ensayístico: “en el ensayo se vuelve a tramar el vínculo entre saber y experiencia”, escribe Alberto Giordano (2005, p 257). Este vínculo es conflictivo y la vez necesario, ya que contiene la lucha entre dos elementos heterogéneos que, a su vez, se requieren y se infiltran mutuamente: de un lado las generalizaciones del saber, del otro la singularidad irreductible de la experiencia. Porque además la experiencia analítica, como toda experiencia, es en el límite intransmisible; la apuesta de la escritura es que algo de la experiencia pueda hallar algún lugar en la palabra sin olvidar nunca que la experiencia es irreductible al discurso. Como sea, la tensión irreductible y productiva entre experiencia y saber, fundante de la indagación analítica, exige la presencia localizable del sujeto en la enunciación en cualquier texto psicoanalítico, presencia que no requiere necesariamente el uso de la primera persona.

La subjetividad del analista ocupa, entonces, un lugar fundamental y fundante en la investigación. Este postulado supone que la indagación analítica siempre pone en juego, de uno u otro modo, el análisis del analista. Es esta una premisa impor-

tante de la investigación en psicoanálisis, una premisa incómoda que suele ser soslayada. Escribe Winnicott: “La investigación psicoanalítica tal vez sea siempre, en cierta medida, un intento por parte del analista de llevar la tarea de su propio análisis más allá de lo que podría llevarla su propio analista.” (Winnicott, 2002, p 265) Formulación fulgurante que, en mi opinión, debe ser leída bajo el prisma de los matices que el mismo Winnicott le impone (“tal vez”, “en cierta medida”). De todos modos, el trabajo inacabable del propio análisis ocupa un lugar importante en el impulso teorizante de todo analista. Los enigmas abiertos en el propio análisis son un motor fundamental de la investigación analítica, y los analizantes sobre los que se teoriza son aquellos que *conciernen* -en el más profundo sentido- al analista. En la construcción del caso la experiencia del encuentro con un analizante está tramitada por la experiencia del propio análisis.

En suma: el caso clínico es una puesta en relato construida por el analista, una ficción eficaz capaz de arrancar de la oscuridad algo de lo real de la práctica. Esto supone dos cosas:

- En primer lugar, que el caso no puede -ni pretende- arrogarse un estatuto de objetividad. El caso bajo ningún concepto es exterior al analista ni un reflejo perfecto de la práctica. Por ello, la construcción del caso no pierde vigor por la necesaria desfiguración de los datos contextuales que harían identificable al paciente, es decir, el caso no padece su sujeción a una ética para la cual la confidencialidad es fundamental.

- Pero, en segundo lugar, nunca está de más insistir en que esta ficción es eficaz si pone en circulación algo de lo real de la

experiencia analítica: la construcción del caso es la condición de enunciación de la experiencia analítica, no el armado de una escena clínica adaptada a lo que el analista pretende demostrar. Reconoceremos la excesiva arbitrariedad en la construcción del caso en la relación sospechosamente armónica que se establece entre el caso y el concepto. Por el contrario, la lectura de aquellos grandes autores en cuya teorización los casos clínicos ocupan un lugar de relevancia (Freud, Klein, Winnicott entre otros), nos permite apreciar que el caso dice mucho más de lo que quiere (o puede) decir el analista que teoriza. Es por este motivo que retornamos constantemente a los casos clínicos de estos autores, porque tienen la potencia de poner en juego aquello que escapa a su propia teorización.

Resulta notable cómo, de modos diferentes, tanto el empirismo ingenuo como cierto subjetivismo desestiman la enorme eficacia teórico-práctica que tiene la construcción del caso: el primero porque reniega del carácter ficcional que tiene toda construcción referida a la práctica analítica; el segundo porque olvida que lo ficcional sólo es eficaz si está entramado con lo real.

LA CONSTRUCCIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

El psicoanálisis es una praxis, con lo cual la construcción del caso es parte de una actividad constante de lectura de la práctica que embarga a todo analista, una actividad que se evidencia tanto en las lecturas fragmentarias (y solitarias) que forjamos sobre algún analizante o alguna situación clínica, como en los diálogos informales (y necesarios) entre colegas, en las supervisiones, ateneos, exposiciones, textos escritos, etc. Claro que algo del analizante

se pierde en la construcción del caso, pero es gracias a esta pérdida irremediable que podemos hablar y escribir sobre nuestra experiencia.

La construcción del caso, entonces, no está movilizadora las más de las veces por un afán de teorización sino por una perentoriedad de lectura de la experiencia, y sin embargo sedimenta en un sustrato sobre el que se asientan las investigaciones cuyo objeto está directamente vinculado a la práctica psicoanalítica. Y es que la construcción del caso es una exigencia de trabajo impuesta al analista por los agujeros de su saber: pensamos, hablamos y escribimos sobre aquellos analizantes que evidencian más claramente los límites del saber, aquellos que nos confrontan con lo no-teorizado.

No se trata, entonces, de que la práctica provea la materia prima de la teorización, noción empirista que olvida que las materialidades sobre las que opera la indagación son construidas utilizando la teoría como cemento. La práctica *per se* no produce preguntas, ni inquietudes, ni ideas, ni hipótesis, la práctica interroga a quien está en posición de dejarse interrogar por ella. Y *la construcción del caso es una operación que aloja en sí una pregunta potencial*. De este modo, montada sobre la construcción del caso, la investigación psicoanalítica se articula a partir de una *posición ético-epistemológica*.

Esta posición ético-epistemológica, punto cero y condición de posibilidad de la investigación psicoanalítica, es consustancial a la posición del analista en la cura: la suspensión del saber impuesta al analista en la práctica se sostiene en una ética centrada en el reconocimiento de la singularidad del analizante, por ende, en la asunción de la radical alteridad del ana-

lizante respecto de la teoría y con ello en el carácter tentativo y vacilante de la teoría psicoanalítica. La suspensión del saber es una posición ética y al mismo tiempo epistemológica que atañe tanto a quien analiza como a quien teoriza. Resulta curioso que muchos analistas que declaman exaltadamente la suspensión del saber en la cura se muestren tan poco dispuestos a dejar que las opacidades de la práctica interroguen sus presupuestos teóricos.

Entonces: cura e investigación se intersecan en esa posición ético-epistemológica donde la perplejidad que nos asalta durante un análisis auspicia la apertura de una pregunta, donde la práctica devela la inconsistencia de la teoría e invita a pensar. Claro que el momento de analizar no es el de teorizar. Entre una situación clínica y el comienzo de una investigación hay un hiato. El comienzo de una investigación es, en sentido pleno, un *acontecimiento* en lo que tiene de incalculable, de imprevisible, de contingente, de apertura a una novedad radical: un momento en el transcurso de un análisis, la lectura indiciaria de un texto, el encuentro con una producción cultural (en el más amplio sentido del término), una observación cotidiana, se constituyen como acontecimiento desde el momento en que permiten la configuración de una *situación de investigación*, configuración única e irrepetible marcada por el anudamiento de:

- una o más situaciones de la práctica
- la teoría con que se cuenta
- los límites de la teoría (sus *impasses*, sus contradicciones, sus zonas oscuras, sus preguntas no formuladas, sus caminos no explorados).

Esta configuración proporciona los indicios a partir de los cuales será posible formular el/los interrogante/s que

conforman el problema de investigación. La formulación de las preguntas adecuadas es la operación primordial y matricial de toda investigación, que resulta de un anudamiento de la práctica con la teoría y, sobre todo, con los límites de la teoría. La construcción del problema de investigación trama la(s) singularidad(es) de la práctica con el hilo de la teoría, de una teoría en germen, de una teoría aún no teorizada. Por ende, en la formulación del problema están ya trazadas algunas de las líneas fundamentales por donde transcurrirá el movimiento de la teorización. Además, la construcción del problema -un proceso en general trabajoso- va circunscribiendo y precisando ese sesgo de la práctica que se constituye como objeto particular y como horizonte clínico de una investigación. El problema, pues, constituye la matriz de una investigación.

LA TENTACIÓN DE LA DEMOSTRACIÓN EMPÍRICA

En investigaciones directamente ligadas a la práctica del psicoanálisis, uno de los problemas metodológicos principales reside en cómo organizar los movimientos y pasajes entre la singularidad de la práctica analítica y la generalidad de la teoría, sin anular la tensión irreductible y fecunda que existe entre ambas. Ahora bien, una estrategia metodológica consistente y rigurosa se construye de modo artesanal. Esto significa que no es posible ni deseable establecer una metodología con pasos y procedimientos fijos para la investigación en psicoanálisis, aunque sí es necesario situar algunos principios metodológicos. Para ello, procederé al desmontaje de dos estrategias metodológicas habituales en el trabajo con casos clínicos en psicoanálisis -la viñeta clínica y la generalización por

inducción- que disuelven la tensión irreductible entre lo singular y lo general.

La llamada viñeta clínica es un fragmento sospechosamente conveniente y ceñido al texto que es solicitado para argumentar, justificar o ilustrar un desarrollo teórico. La viñeta es una tentativa de justificación empírica de los conceptos que ejerce una violencia sobre la experiencia para insertarla en una teorización lisa, homogénea, sin cortes ni rupturas. La viñeta se luce con sus contornos tersos, sus términos precisos, su posición cómoda y adecuada, demasiado adecuada, en el texto. La viñeta pacifica la tensión entre la teoría y la práctica desde el momento en que es el resultado de un forzamiento que hace encajar perfectamente el caso con la argumentación; por ello ocupa en el texto un lugar complementario de la argumentación como prueba o ilustración empíricas, donde el autor acaba encontrando lo que busca. Esta posición en el texto nos permite apreciar cuál es la expoliación que ha sufrido el caso para ser convertido en viñeta: su reducción a la tipicidad. Digámoslo claramente: el problema epistemológico de la llamada viñeta clínica en psicoanálisis es la transformación del caso en una versión de lo universal, en una expresión empírica del concepto.

A diferencia de la viñeta clínica, la construcción del caso conserva su suelo original, su proveniencia de una situación clínica que ha perturbado la cálida paz de la teoría, y esto se percibe en la posición dominante que ocupa el caso en el texto. Se advierte que la construcción del caso no viene a abrochar la teoría sino a abrir las preguntas que movilizan la teoría; hay una suerte de antecendencia del caso. Por eso la construcción del caso nunca reduce la experiencia a los aspectos que mejor

se ajustan a lo que se intenta demostrar -como sí sucede con la viñeta-, y entonces su inserción en el texto no es sin rugosidades. El caso se entrama con la teoría, por supuesto, pero también conserva su carácter inaprehensible, en el sentido de que la teorización no agota en lo absoluto las lecturas posibles que podrían hacerse del caso (en la viñeta, por el contrario, nunca hay nada más para decir que lo que dice el autor del texto). Felizmente el psicoanálisis tiene una rica tradición al respecto cuyo comienzo está claramente situado en la obra de Freud. Esto ha permitido y permite que investigadores posteriores puedan hacer uso del caso para tramar otras lecturas teóricas a partir de aspectos desestimados por el autor original.

En cuanto a la generalización totalizante por inducción, se trata de un procedimiento de *puesta en serie* (de analizantes, de situaciones clínicas) que realza regularidades y achata diferencias. Todo rasgo único es cercenado. Todo aquello que interpela la regularidad buscada o hallada, es silenciado. En esta puesta en serie, el caso es degradado en “un caso de...” donde la unicidad del caso se pierde en la serie y el resultado es siempre una generalización totalizante en que la singularidad es absorbida por el concepto.

Esta operatoria se basa en un prejuicio que es necesario desmontar, a saber, que la investigación psicoanalítica procede por acumulación y entonces no es posible sostener una idea si no se ha acumulado suficiente material. Sin embargo, en psicoanálisis, el lugar fundamental que tiene la singularidad del caso en la teoría hace absolutamente viables las investigaciones y las inferencias en torno a un único caso. En varios de los grandes autores de la historia del psicoanálisis resulta notable

cómo muchos conceptos e ideas llevan la huella de *un* caso (¿qué sería del complejo de castración sin Hans?) ya en su misma formulación o en los términos que son utilizados para circunscribirlos (esto último resulta particularmente claro en la obra de Winnicott, donde algunos conceptos son transformaciones de términos que han tenido lugar en ciertos análisis). De este modo, el caso asume un estatuto paradigmático respecto del sesgo que hemos recortado como objeto de investigación, tal como lo dice Freud en *Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico* (Freud, [1916] 1995): “tuve oportunidad de tomar conocimiento del destino de una mujer, que quiero describir a modo de paradigma de esos vuelcos trágicos.” (p 323)

Claro que el carácter paradigmático del caso único amerita una discusión. El caso clínico devenido indicio es aquel que nos permite comenzar a leer una insistencia, una regularidad hasta allí silenciada, aquel que nos permite anudar *a posteriori* un conjunto de situaciones clínicas. Ahora bien, este conjunto de situaciones no tiene un carácter probatorio. La teoría psicoanalítica como tal asume cierto orden de generalidad, pero esta generalidad no debe ser entendida como una exigencia de validación del concepto por acumulación de “pruebas” que empuja al investigador a la tentativa de multiplicación de “ejemplos” clínicos que “confirman” la idea (un inductivismo solapado que aún persiste en nuestro medio). La generalidad de la teoría psicoanalítica debe ser pensada en el sentido de que la validez de una conjetura reside en su capacidad para propiciar lecturas en un conjunto vasto de situaciones clínicas, aquellas que conforman el objeto de investigación.

Cuando se trata de investigaciones cuyo objeto está íntimamente vinculado a la clínica psicoanalítica, la validez de una generalización (siempre relativa) reside en su potencia para leer un conjunto amplio de situaciones de la práctica. El psicoanálisis es una praxis, por ello sus conjeturas no se validan por acumulación de pruebas (por inducción) sino por su capacidad para la lectura de la práctica, una capacidad que debería estar bien situada y argumentada en toda investigación.

Entonces, una investigación cuyo objeto particular está directamente vinculado a la práctica del psicoanálisis exige creatividad y precisión en el planteo del problema, audacia y rigor en la articulación teórica, una estrategia metodológica consistente que vaya organizando el movimiento entre las situaciones clínicas singulares y las ideas generales, y una definición clara de su aporte a una lectura de la práctica. Ahora bien, la validación de las hipótesis no depende exclusivamente de esto, es decir, no es exclusivamente interior a la investigación, sino que requiere también una sanción *a posteriori* por parte de la comunidad de psicoanalistas en función de su eficacia en las lecturas de la práctica.

En suma: pienso que en la investigación psicoanalítica los casos clínicos no tienen una función ilustrativa ni probatoria, como pretenden la viñeta y la puesta en serie, ya que no son versiones particulares de lo universal. Muy por el contrario: en la praxis psicoanalítica la irreductible singularidad del caso pone en movimiento y tracciona constantemente la teorización dejando en sus generalizaciones (relativas) una huella indeleble. Es por ello que los casos singulares asumen un estatuto paradigmático en relación con ese sesgo deli-

mitado que constituye el objeto particular de una investigación.

La viñeta clínica y la generalización totalizante por inducción son modalidades diferentes de forzamiento de la singularidad del caso: la primera integra de modo sospechosamente prolijo el caso a la argumentación teórica; la segunda suprime lo único para registrar sólo lo común. Tanto la viñeta como la puesta en serie evidencian, pues, un mismo problema epistemológico y metodológico: la violencia de una generalización absoluta que ha borrado las huellas desestabilizantes y destotalizantes de las singularidades irreductibles. Y entonces, haciendo lugar a una supuesta situación clínica, la teoría se ha plegado sobre sí misma. A fin de cuentas, que la construcción del caso sea el sustrato de la investigación en psicoanálisis no significa que toda investigación directamente referida a la práctica deba incluir forzosa-mente el relato de sesiones con pacientes. Esta suposición constituye un extravío frecuente que devalúa y banaliza la importancia epistemológica y metodológica que tiene el caso clínico. El lugar del caso en la investigación no se define necesariamente por la inserción de fragmentos clínicos en el discurso sino, más fundamentalmente, por una forma de discursividad que da cuenta de la presencia perturbadora de la experiencia en la argumentación, una modalidad de enunciación que es consustancial a la matriz epistemológica de la investigación en psicoanálisis. Por ello, no resulta sorprendente que en muchas ocasiones la abolición de la tensión entre saber y experiencia transcurra plagada de referencias clínicas, sea bajo el modo de la viñeta o de la serie inductivista.

ALGUNAS ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS EN FREUD, KLEIN Y WINNICOTT

Una rápida ojeada a las diversas estrategias metodológicas utilizadas por estos tres autores en lo que concierne al trabajo sobre casos clínicos, da cuenta del carácter inagotable y artesanal que tienen estas estrategias.

Si nos referimos en primer lugar a Freud, rápidamente la mirada se dirige a los llamados *historiales clínicos*, trabajos en extenso en torno a un único caso. Sin embargo, ni los historiales freudianos tienen la homogeneidad metodológica que a veces se les adjudica, ni son tampoco la única forma en que Freud trabaja sobre sus casos. A título de ejemplo:

El “Hombre de las ratas” (Freud, [1909] 2006b) y el “caso Hans” (Freud, [1909] 2006a) son largos historiales que abarcan gran parte del análisis de un paciente (no discutiré aquí el peculiar estatus clínico del caso Hans) y que tienden a iluminar extensos territorios de la teorización analítica, la neurosis obsesiva en el primer caso, la fobia en el segundo. En la organización de estos dos historiales clínicos, Freud tiende a separar claramente la parte clínica de la parte teórica, de modo que la estructura del texto parece reflejar perfectamente el intervalo neto entre cura e investigación que Freud plantea en *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico* (*supra*). Lejos de cuestionar la validez de esta escansión tajante entre el caso y la teoría como estrategia metodológica, pienso de todos modos que en ella resulta difícil percibir el movimiento de la argumentación que va tramando experiencia y saber.

El “caso Dora” (Freud, [1905] 1998) no tiene la misma estrategia metodológica ni por ende la misma estructura argumental que los que acabo de mencionar. Se trata de un historial bastante extenso que refiere sin embargo a un análisis bien breve. Si bien Freud destaca en el prólogo que le interesa “poner de relieve el determinismo de los síntomas y el edificio íntimo de la neurosis” (Freud, [1905] 1998, p 12), el texto está fuertemente centrado en el análisis de dos sueños. De hecho, el título original del texto era “Sueños e histeria” (Freud, [1905] 1998, p 10), un título luego cambiado que daba clara cuenta de su eje primordial: circunscribir el lugar fundamental que tiene el análisis de los sueños en el trabajo psicoanalítico. Sin embargo la honestidad de Freud, quien publicó extensos fragmentos de análisis que excedían lo que podía o pretendía pensar en ese texto, hace que el caso Dora, cuyo objeto de estudio es más bien acotado, esté plagado de cabos sueltos que propiciaron relecturas en la posteridad. De hecho, no es excesivo decir que Dora vendrá un paradigma para la histeria merced a las relecturas del caso que hizo Lacan en los seminarios 3 (1993) y 4 (1994).

En cuanto al llamado “Hombre de los lobos” por Freud ([1918] 1994), creo que la estrategia es similar a la del caso Dora: el autor expone un historial en extenso para abordar una problemática bien circunscrita en el seno de una de sus tantas polémicas con Carl Jung quien planteaba, *grosso modo*, que la infancia era enteramente construida a partir de fantasías regresivas del adulto en función de las preocupaciones de su vida actual. Freud se ve compelido, entonces, a reivindicar el papel determinante de la infancia en la causación de la neurosis.

... lo que está en discusión es el valor del factor infantil. La tarea se circunscribe a hallar un caso apto para demostrar ese valor fuera de toda duda. Ahora bien, lo es el caso clínico que tratamos aquí con tanto detalle, cuyo carácter distintivo radica en que a la neurosis luego contraída le precedió una neurosis de la primera infancia. (Freud, [1918] 1994, p 52)

También en *El hombre de los lobos*, siendo el objeto de estudio bien acotado, la cantidad de cabos sueltos es enorme y esto nos permite retornar una y otra vez a este texto formidable e inagotable.

No considero al “caso Schreber” (Freud, [1911] 2001) como un historial clínico al mismo título que los que acabo de analizar: los historiales clínicos son un modo de elaboración teórica de la experiencia como analista con un analizante en transferencia, y en el caso Schreber Freud analiza minuciosamente un escrito autobiográfico. Pienso que la metodología freudiana en este texto consiste en la *transposición* de su método clínico (trabajo a partir de detalles devenidos indicios) que así deviene dispositivo de lectura. Lo mismo hacemos cuando investigamos en torno a los casos clínicos freudianos o de otros autores.

Como se ve, la expresión “historiales clínicos” encubre una gran multiplicidad metodológica. Y además, Freud construye también otras modalidades de trabajo con casos, entre las cuales me interesa destacar una que podríamos llamar, sin demasiadas pretensiones, *situación clínica*: el caso clínico aquí consiste en un momento bien puntual en el curso de un análisis. Las situaciones clínicas se hallan diseminados por toda la obra freudiana, y nunca son aleatorias ni ilustrativas: cuando Freud in-

tercala una situación clínica en el seno de un texto casi siempre notamos que el caso comanda el texto, tracciona los conceptos al punto en que nos permite reconocer en esa situación clínica el resto de experiencia que puso en movimiento el trabajo de teorización. Creo que la mayor virtud de las situaciones clínicas es que van acompañando el ritmo de la argumentación sin jamás integrarse enteramente a ella, mostrando el movimiento en que son engendradas las ideas.

Melanie Klein ha trabajado los casos según diferentes estrategias metodológicas. Entre ellas se destaca una que ya está presente en la obra freudiana y que podríamos denominar *historiales breves*. Esta estrategia consiste en situar brevemente las coordenadas principales de un análisis para concentrarse en ciertos fragmentos o ciertos tramos del análisis que van proveyendo indicios a partir de los cuales se construye la investigación. Erna, Peter, Dick, son sólo los nombres más conocidos de una larga lista de casos clínicos que han sido abordados con esta estrategia metodológica por Klein. Entre ellos, el caso Dick (Klein, 1996) es ejemplar por varios motivos y amerita que nos detengamos en él.

Es evidente que Dick sorprende a Klein, varios pasajes del texto revelan la perplejidad de la autora al encontrarse con un niño bien diferente de los otros niños que había analizado; de hecho, Klein deja explícitamente abierto el problema del diagnóstico de este niño que, todo parece indicar, presentaba una dominancia autística (trece años antes de que Leo Kanner hablara por primera vez de autismo). Pero además, este niño de cuatro años desafía la incipiente técnica del juego de Klein:

La dificultad desusada con la que tuve que luchar en el análisis no fue su incapacidad de expresarse verbalmente. En la técnica del juego (...) podemos, en gran parte, prescindir de las asociaciones verbales. Pero esta técnica no se limita al análisis de los juegos del niño. Podemos extraer material (como tenemos que hacer con niños con inhibición del juego) del simbolismo revelado por detalles de su comportamiento en general. Pero en Dick el simbolismo no se había desarrollado. (Klein, 1996, p 229)

Klein se topa, primero, con una dificultad a nivel de su método de cura (más allá de la opinión que cada cual tenga acerca del método kleiniano): Dick no juega pero, además, nada en sus movimientos erráticos parece tener un valor simbólico. Según Klein, Dick no tiene desarrollado el simbolismo, lo cual resta a la analista uno de sus recursos principales. Ahora bien: Klein no dictamina que Dick es inanalizable ni intenta un ingreso forzado del niño a su técnica, sino que modifica el método (“quisiera subrayar que el caso de Dick he modificado mi técnica habitual” (Klein, 1996, p 233)); esto permite un trabajo clínico con el niño que abre un interrogante de investigación: dado que en Dick la ausencia de simbolismo parecía ser correlativa de la ausencia de relaciones investidas con el mundo, ¿es posible establecer alguna relación entre el simbolismo y la relación del sujeto con la realidad? La conclusión de Klein, bien conocida, es que “el simbolismo no sólo constituye el fundamento de toda fantasía y sublimación, sino que sobre él se construye la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general” (Klein, 1996, p 226). Y fue el análisis de Dick el que balizó el camino de la teoría, ya que en él la

implantación del simbolismo por parte del analista auspició el comienzo de un lazo posible con el otro.

Perplejidad frente a un caso que desafía la teoría y la práctica psicoanalíticas; asunción del no saber que moviliza la flexibilidad clínica y el impulso epistemofílico; construcción de un objeto de investigación a partir de los movimientos de un análisis que han devenido indicios; producción teórica en íntima trabazón con las transformaciones que fueron acaeciendo durante el análisis del niño... he aquí trazados los movimientos fundamentales de una indagación psicoanalítica que parte de los problemas a que confronta la práctica. Más allá de la valoración que cada quien tenga de la obra de Klein y de este texto en particular, más allá de que gran parte de las conclusiones de este texto sean hoy insostenibles, el caso Dick conserva todo su vigor, por un lado por su potencia epistemológico-metodológica y por otro lado porque la perplejidad de Klein frente a Dick marca el tono del texto y entonces la autora incluye un conjunto de rasgos que no es capaz de leer con el bagaje teórico con que cuenta. Klein habilita que Dick diga más de lo que ella puede escuchar, lo cual ha permitido que autores posteriores puedan retornar sobre este caso absolutamente inaugural. No es exagerado afirmar que el caso Dick conserva más vigencia que las ideas de Klein en torno a él.

En cuanto a Winnicott, la *situación clínica* asume en su obra su versión más refinada; este autor utiliza de modo magistral las situaciones clínicas intercaladas en el texto, mostrando con soltura y rigor el movimiento de construcción de la teoría entrelazada con la experiencia. Una im-

portante porción de los textos breves de Winnicott incluyen situaciones clínicas y muchos de ellos están enteramente armados en torno a una situación. La marca del caso clínico es perceptible en casi todos sus textos aunque Winnicott no haga referencia explícita al caso. Más aún, en ciertos escritos de Winnicott no hallamos más que sutiles alusiones a situaciones clínicas que, sin embargo, balizan todo el movimiento de la teorización.

En este marco, no deja de ser curioso que las situaciones clínicas sean habitualmente presentadas por Winnicott como una “ilustración” de la teoría, cuando resulta claro al lector que el caso comanda el texto. Por este motivo, es en la obra de Winnicott que percibimos con mayor claridad la diferencia entre la situación clínica y la viñeta ilustrativa, que podrían ser confundidas por presentar ambas un carácter fragmentario. Muchos conceptos winnicottianos llevan la marca perceptible de sus analizantes. Probablemente en ningún otro autor estén tan entramados -casi confundidos- el lenguaje teórico y el lenguaje construido entre analista y analizante en el transcurso de un análisis; probablemente en ningún otro autor sea menos disruptivo y violento el pasaje de la lengua singular del paciente a la lengua del analista que teoriza.

Con sus diversas poéticas y estrategias metodológicas, estos tres autores sostienen la misma posición epistemológica, es decir, trabajan sus casos según diferentes procedimientos que se asientan en un mismo fundamento: tanto en Freud como en Klein y en Winnicott la referencia a la práctica no es un modo de refrendar el concepto -general- a través del analizante -singular- sino, todo lo contrario, el caso

en su absoluta singularidad impone su forma al concepto general.

Pero acaso el aspecto más destacable del trabajo con casos clínicos en Freud, Klein y Winnicott sea la inclusión en los textos de ciertos aspectos que exceden en mucho aquello que estos autores puede teorizar -es decir, ciertos sesgos del caso que el autor no lee como indicios- lo cual ha permitido que autores posteriores retornen a estos textos una y otra vez transponiendo el método analítico a la lectura del texto, vale decir, construyendo indicios a partir de aspectos y detalles desestimados por el autor original. El caso clínico roza esa dimensión inasible de la experiencia que escapa a la teoría, y por ende siempre dice más de lo que el autor dice. La construcción del caso nunca debería ocultar su fondo enigmático: en este punto, la posición epistemológica es al mismo tiempo una posición ética fundada en la renuncia narcisista del analista-investigador que asume la trascendencia de la praxis psicoanalítica respecto de sus propias ideas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Adorno, T. (1962). El ensayo como forma. En *Notas de literatura* (pp. 22-35). Barcelona, España. Ediciones Ariel.
- Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Valencia, España. Edicions Alfons el magnanim.
- Fedida, P. (1995). La construction du cas. En *Le site de l'étranger. La situation psychanalytique* (pp 248-270). Paris, Francia: PUF.
- Freud, S. [1912] (1990). Consejos al médico para el tratamiento psicoanalítico. En *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XII* (pp 107-129). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- [1905] (1998). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII*. (p 3- 107). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- [1909] (2006a). Análisis de la fobia de un niño de cinco años (El pequeño Hans). En *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo X* (pp 3-118). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- [1909] (2006b). A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el "Hombre de las Ratas"). En *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo X* (pp 119-249). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- [1911] (2001). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente. En *Obras Completas. Volumen XII* (pp. 1-76). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- [1914] (1997). El Moisés de Miguel Ángel. En *Obras Completas*

de Sigmund Freud, Tomo XIII (pp 215-242). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

[1916] (1995). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. En *Obras Completas. Volumen XIV* (pp. 315-339). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.

[1918] (1994). De la historia de una neurosis infantil (el “Hombre de los lobos”). En *Obras Completas. Volumen XVII* (pp. 3-112). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.

Giordano, A. (2005). *Modos del ensayo. De Borges a Piglia*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo.

Klein, M. (1996). La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo (1930). En *Obras Completas, tomo 1* (pp 224-237) Buenos Aires, Argentina. Paidós.

Lacan, J. (1993). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las psicosis*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.

(1994). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.

Marx, K. [1845] (1974). *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*. Barcelona, España: Grijalbo.

Winnicott, D.W. (2002). El odio en la contratransferencia. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp 260-272). Barcelona, España: Paidós.

JAIME FERNÁNDEZ MIRANDA:

Psicólogo UNR. Magister en Psicoanálisis, Paris VII. Director de la Maestría en Clínica Psicoanalítica con Niños (Facultad de Psicología UNR). Docente de grado y posgrado en dicha facultad. Autor de “El trabajo de lo ficcional” (Letra Viva, 2019)